
MEJORAR LA CELEBRACION

EL BAPTISTERIO (II)

PERE FARNES

1. De la historia y la normativa a la teología y a la pastoral

Recordábamos en el pasado mes de septiembre (1) cómo, desde los más remotos orígenes y hasta nuestros días, la Iglesia ha dispuesto para el Bautismo de un lugar propio y autónomo, siempre distinto del ámbito de la celebración eucarística. A partir del precioso testimonio de Doura-Europos en el s. III y de las basílicas constantinianas hasta las iglesias de nuestros días, el lugar del Bautismo se ha diferenciado, de una u otra forma, del lugar de la asamblea cristiana habitual. Este proceder unánime, tanto por lo que respecta al tiempo como con referencia al ámbito geográfico, hace vislumbrar que nos hallamos aquí ante un hecho que representa algo más que un simple fenómeno externo. El moderno historiador de la Liturgia y del arte cristiano, E. Cattaneo, no duda en afirmar explícitamente que esta práctica tiene en su trasfondo una indudable motivación teológica (2). Reflexionemos, pues, cuáles pueden ser las razones en las que se funda este hecho.

Tres son, por lo menos, las motivaciones teológico-sacramentales que aduciríamos como justificación de la constante diferenciación que se da entre lugar del Bautismo y lugar de la asamblea habitual: a) el hecho de que el bautismo representa un *nacimiento* mientras la eucaristía, un

(1) Cf. *Oración de las Horas*, sep. 1984, pp. 272-274.

(2) *Arte e liturgia*, Edit. Vita e Pensiero, Pubblicazioni dell'Università Cattolica del Sacro Cuore, Milano 1982, p. 45.

alimento; b) el que la función maternal —y el baptisterio que es como la expresividad del seno donde esta función se realiza— es una de las funciones de la Iglesia, pero no la única (la imagen del baptisterio como seno materno en el que se engendran los nuevos hijos es frecuente en la literatura tanto litúrgica como patristica); y finalmente c) el hecho de que para la comunidad eclesial —como para toda comunidad familiar— el nacimiento de nuevos miembros no es —ni debe aparecer— como realidad habitual, sino como acción radicalmente extraordinaria. El nacimiento de un hijo no puede equipararse bajo el aspecto de frecuencia con el sentarse a la mesa para compartir el alimento y la vida familiar.

2. El “nacimiento cristiano” realidad de orden distinto al “alimento de vida eterna”

Empecemos reflexionando sobre la primera de las realidades a las que acabamos de aludir. En una de las afirmaciones probablemente más importantes de la Constitución Sac. Conc. leemos que “todos los sacramentos... reciben su fuerza del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo” (n. 61). Bajo este aspecto, pues, se da en todos y cada uno de los sacramentos como un substrato o finalidad común. Pero ello no significa —y esto no siempre se ha subrayado debidamente— que todos los sacramentos nos den parte en el misterio pascual de Jesucristo *de una manera semejante, ni con los mismos matices o idéntico significado*. Y aquí es necesario hacer hincapié. Ahora bien: el carácter diferenciado entre el Bautismo y la Eucaristía debe aparecer también —en nuestro tiempo como en las épocas pasadas— a través del signo concreto del lugar celebrativo. Podríamos comparar bajo este aspecto los sacramentos con los enseres de limpieza: si bien tanto sirve para limpiar la escoba como el jabón o el betún, a nadie se le ocurriría limpiar la ropa con una escoba o las manos con betún. Todos estos instrumentos limpian, pero cada uno lo hace según un modo propio y distinto. Una cosa parecida también acontece con los sacramentos. De aquí se sigue la conveniencia de subrayar, entre los medios, también a través del lugar celebrativo propio, el Bautismo de la asamblea eucarística porque, si bien es verdad que tanto el Bautismo como la Eucaristía nos dan parte en el misterio pascual, ésto lo realizan ambos sacramentos de modo muy diverso. A esta diferencia se refirió ya el Tridentino en una definición dogmática (Ses. VII, c. 3; Dz 846) que, probablemente debido a la exagerada homologización en la presentación de los sacramentos realizada por la teología posttridentina, fue pronto olvidada —y la continúa siendo aún hoy día— sobre todo cuando la base explicativa de los signos sacramentales se centra casi exclusivamente en las llamadas “materia” y “forma”.

Hay que hacer, por tanto, un esfuerzo y lograr que, en el ámbito de la celebración, se subraye mediante un lugar distinto —el “locus sacramento Baptismi *reservatum*” del cual habla el Ritual de Pablo VI (Prae-

not. De initiat. christ. 25)— las diferencias que median entre Bautismo y Eucaristía. Algunas realizaciones que hoy pueden verse sobre todo en iglesias nuevas en las que se ha colocado la fuente bautismal fija en el mismo presbiterio, hacen temer que, con referencia al lugar celebrativo, se repita en nuestros días lo que, en el contexto de las explicaciones teológicas, aconteció en la época postridentina. Entonces los sacramentos, explicados casi exclusivamente a base de las categorías de “materia” y “forma”, parecían realidades casi idénticas. Hoy se da el riesgo de que la excesiva semejanza del lugar y del esquema celebrativo haga nuevamente parecidos unos ritos que por su propia naturaleza deben aparecer como realidades bastante diversas. Colocar habitualmente la Fuente bautismal en el presbiterio, a la manera como aparecen en el mismo la sede, el ambón y el altar, es uno de los fenómenos que manifiestan hasta qué punto está ganando terreno esta excesiva uniformidad celebrativa; otro fenómeno de la misma índole es la costumbre que se va introduciendo en no pocas iglesias de no salir a la puerta de la iglesia para recibir o despedir el cadáver o para introducir los novios en la celebración del matrimonio. Hacer indistintamente todas las celebraciones desde el mismo lugar y con un esquema casi idéntico es, sin duda, empobrecer el sentido de las diversas celebraciones. A la naturaleza de la asamblea eucarística le corresponde una sala comunitaria con una mesa familiar; al nacimiento bautismal, en cambio, una “clínica maternal” —el baptisterio— y un “seno materno” —la fuente bautismal—. La Eucaristía se celebra como reunión, el Bautismo, en cambio, incluye dos significativas procesiones: al baptisterio para el parto del nuevo hijo de la Iglesia y al altar después para “presentar” el nuevo hijo a la comunidad eclesial. Realizarlo todo en el mismo presbiterio es empobrecer el significado de la celebración.

Por otra parte es muy conveniente que el baptisterio, por su forma y sus dimensiones, presente de manera clara el símbolo de sepultura de Cristo. El agua de este sacramento es bíblicamente figura del sepulcro del Señor. El catecúmeno es introducido y cubierto por el agua bautismal —por lo menos parcialmente— como Cristo lo fue por la losa del sepulcro. Y como Cristo salió de la tumba, así el bautizado emerge del agua bautismal. Este símbolo es claro, con la condición, eso sí, de que la fuente bautismal tenga el suficiente realce y autonomía; realce y autonomía que difícilmente tendrá si aparece colocado en el presbiterio ya repleto de otros elementos simbólicos (sede, ambón, altar). Permítasenos a este respecto recordar que el nuevo Ritual de bendiciones insiste en que las dimensiones de la fuente bautismal deben hacer siempre posible el bautismo por inmersión (3).

El bautismo simboliza, pues, como la Eucaristía, la muerte-sepultura-resurrección de Jesucristo. Pero los simboliza de una manera muy distinta a como lo hace el banquete eucarístico. En el Bautismo (mejor aún

(3) Cf. *Ritual De benedictionibus*, n. 837, p. 323.

el binomio Bautismo-Confirmación) estas realidades se manifiestan mediante la inmersión-salida del agua y unción con óleo perfumado: simbólicamente el bautizando es incorporado de una manera que podríamos llamar “ontológica” o “vital” a Cristo muerto y resucitado. En cambio, en la manducación del pan que se rompe mientras se proclama la muerte y en la participación de la copa festiva que alude al reino futuro (cfr. Lc 22,4), los elementos que simbolizan la muerte y resurrección del Señor se toman “como alimento y bebida”; y con estos elementos —con esta comida y con esta bebida— se nutre *habitualmente* el “ser pascual” en el que el cristiano fue “vitalmente” injertado por los sacramentos de la iniciación cristiana.

3. El simbolismo sacramental del baptisterio como sepulcro del Señor

No vamos a tratar de este punto bajo el prisma arqueológico (aunque también esta faceta podría ser muy iluminativa en nuestro tema, pero renunciamos a tratarlo por falta de espacio). Vamos a limitarnos únicamente a aducir tres significativos textos tomados respectivamente de la Revelación, de la Tradición y de la teología; con ellos mostraremos hasta qué punto el sacramentalismo de la fuente bautismal es importante y autónomo con respecto al sacramentalismo propio de los signos eucarísticos. El primero de estos textos es de S. Pablo, aunque hay que decir que la doctrina contenida en esta página no es específicamente paulina —el mismo hecho de que Pablo la supone conocida por los romanos a quienes él no evangelizó es una prueba de ello— sino común al conjunto del Nuevo Testamento. Nos limitamos a este único texto por razones de brevedad:

Los que por el Bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte (alusión al rito bautismal de inmersión que asemeja al bautizando, cubierto por el agua, a Cristo, cubierto por la losa sepulcral). Para que así como Cristo fue despertado de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en una nueva vida (esta última frase se refiere más a la realidad ontológica de que el bautizado ha imitado simbólicamente la resurrección de Cristo con su salida del agua y participa de la nueva vida del Resucitado, que no al sentido moral de que debe cambiar subjetivamente de vida. “Andemos en una nueva vida” no significa, pues, “cambiemos nuestro vivir” sino más bien “participamos ontológicamente de la vida del Resucitado”). Porque si nuestra existencia está unida a él con la semejanza de su muerte (“semejanza” o “símbolo” de su muerte es nuevamente una alusión al rito de la inmersión, que simboliza el cuerpo sepultado), lo estará también a una resurrección como la suya (Rm 6,3-5).

El segundo texto que vamos a presentar —tomado también entre otros muchos posibles— lo entresacamos de las célebres catequesis mista-

gógicas de Jerusalén, atribuidas hasta hace poco a S. Cirilo, y pertenecientes a finales del siglo IV:

Fuisteis conducidos a la piscina santa del Bautismo de Dios, como Cristo fue llevado de la cruz al sepulcro (primera alusión a que el baptisterio es símbolo del sepulcro)... Os inmergisteis tres veces en el agua de la cual salisteis en seguida y, con ello, *simbolizásteis* la sepultura de Cristo que duró tres días... (segunda alusión al simbolismo del sepulcro). En un mismo momento moristeis y nacisteis y aquella misma agua en un momento se convirtió en *sepulcro* (tercera alusión al simbolismo del sepulcro) y en madre vuestra. ¡Cosa admirable y paradójica! No hemos muerto en realidad, ni hemos sido sepultados ni clavados en la cruz, ni hemos resucitado: pero hemos *simbolizado sacramentalmente* estas acciones y hemos conseguido una salvación real. (Cat. Mistag. II, 4-5).

Aduzcamos aún un tercer texto. Con él pasamos de la Tradición patristica a la mejor teología medieval. Oigamos, pues, al más prestigioso de los escolásticos del siglo XII, Santo Tomás de Aquino:

Hay que decir que en la inmersión bautismal (nuestro Santo aboga en este texto por el rito de inmersión, juzgado sacramentalmente mejor que el de infusión) se representa con mayor expresividad *el símbolo de la sepultura de Cristo*; y por ello, esta manera de bautizar —la inmersión— es más frecuente (lo era aún en el s. XII, hoy desgraciadamente ya no lo es, aunque el nuevo Ritual de Pablo VI la ha vuelto a admitir e incluso recomendar (4) como rito más expresivo). Pero también en los otros modos de bautizar (ablución) se representa esta sepultura de alguna manera aunque no sea tan claramente: porque hágase como se haga la ablución, el cuerpo del hombre, o alguna parte del mismo, queda cubierto por el agua, como el cuerpo de Cristo fue puesto bajo la tierra (STh. III; q. 66, a.7, ad 2).

Este texto, sobre todo teniendo presente su fecha tardía, es importantísimo desde un punto de vista del simbolismo sacramental. Muchos de nuestros contemporáneos, a pesar de las recuperaciones de la teología litúrgica de nuestros días, están aún muy lejos de ver en el agua bautismal algo más que el simbolismo natural, no específicamente cristiano, de un elemento que significa la limpieza o la vida (el agua sirve para lavar y es necesaria para la vegetación). Raramente se presenta el simbolismo del agua como signo específicamente cristiano del sepulcro del Señor, tal como aparece en los textos que hemos aducido. Pero para que el agua llegue a significar claramente esta realidad cristiana la misma construcción del baptisterio debe tener su debida autonomía simbólico-sacramental.

(4) Cf. *Ordo baptismi parvulorum*, Praenot. Gen. n. 22.

4. El baptisterio, seno materno de la Iglesia

Más arriba ya hemos anotado que con frecuencia, tanto la Liturgia como los Padres, han comparado la fuente bautismal al seno materno. Este matiz tiene también importancia cuando se trata de proyectar el lugar Bautismo. El seno materno es *uno de los órganos* de los que se sirve la Iglesia en circunstancias extraordinarias, no su único órgano; el engendrar nuevos hijos una de las funciones, no su función habitual. El baptisterio puede compararse, si se quiere, a la clínica maternal a la que acude la familia en *circunstancias extraordinarias*. Este carácter de acto extraordinario queda muy de manifiesto si en la celebración del Bautismo se hace la procesión a la fuente bautismal tal como lo prevé el Ritual de la iniciación cristiana. Pero para que los fieles vean el bautismo como celebración extraordinaria es necesario que la fuente bautismal no aparezca ante sus ojos domingo tras domingo y casi con el mismo realce con que contemplan habitualmente el altar o el ámbón. No es lo mismo la mesa familiar que la cuna del recién nacido. La primera está siempre presente, la segunda sólo en momentos extraordinarios.

5. El simbolismo sacramental del presbiterio: sede-ámbón-altar

En otros lugares de esta misma revista hemos tratado ya ampliamente del simbolismo de estos tres elementos. Si aquí aludimos nuevamente a ellos es sólo para recalcar la diferencia que debe mediar entre estos tres signos, que habitualmente deben estar ante los fieles, y el signo de la Fuente bautismal que debe aparecer como elemento extraordinario. Sede, ámbón y altar son tres signos que responden a la vida habitual del pueblo cristiano, *siempre* presidido por el Señor, *siempre* nutriéndose del su Palabra, *siempre* alimentando su vida pascual con la Eucaristía. Sobre todo la mesa festiva con el pan y el vino está llamada a significar que la muerte y resurrección del Señor, en las que el bautizado fue injertado por el Bautismo, son el alimento de la vida recibida en los sacramentos de iniciación. Pero aquí el hecho de que la muerte del Señor —significada sobre todo en el pan que se rompe— y su resurrección —aludida sobre todo en la copa festiva “no volveré a beber del fruto de la vid hasta que esta pascua sea cumplida en el reino” (cf. Lc 22,18)— se presenten aquí bajo el signo de alimento y de bebida, hace de estos símbolos algo muy diverso de los símbolos del bautismo y confirmación. Se puede decir que por el bautismo y confirmación el cristiano es injertado vitalmente en el misterio pascual de Cristo (los teólogos posteriores explicarán esta realidad diciendo que bautismo-confirmación “imprimen carácter”) mientras que la eucaristía alimenta de forma habitual y constante esta vida de muerte y resurrección en la que el fiel ha sido ya injertado. Tenemos, pues, dos signos de naturaleza muy distinta que, por ello, conviene también distanciar topográficamente en el lugar de la celebración so pena de que el conjunto quede bastante “in-significante”.